



Lit: de A Heróles, Burgos

Se cumple en 2001 el segundo centenario de la muerte de Félix María de Samaniego, el gran fabulista hispánico. Heredero de la tradición fabulística de Esopo, y de los planteamientos estéticos de La Fontaine, la obra de Samaniego ha sido insustituible en la formación educativa de generaciones de españoles. En este bicentenario hemos querido dedicarle el segundo número de **Didaxis**, desde una perspectiva que el propio Samaniego hizo suya en el Prólogo a sus Fábulas: la Literatura Comparada y los planteamientos de las tareas de creación: “examiné, comparé y elegí para mis modelos entre todos ellos después de Esopo, a Fedro y La Fontaine... con el ejemplo que hallé en el último, me resolví a escribir tomando en cerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad a mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aun en el variar rara vez algún tanto el argumento, ya de la aplicación de la moralidad, quitando, añadiendo o mudando alguna cosa, que sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuye a darle cierto aire de novedad y gracia...cualquiera que se ponga a cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original que, degenerando por grados en una u otra versión, vendrá a parecerle diferente en cada una de ellas”.

Queremos, pues, situar a Samaniego en la perspectiva que él mismo nos hizo observar: la indagación de cómo a partir de una anécdota esquemática, cada autor aporta variaciones en el argumento, en los elementos de composición, en el estilo o en la reflexión moral que la fábula propone. Hemos escogido para ello dos fábulas harto conocidas: “El cuervo y la

Zorra” y “El carretero y Hércules”. La primera de ellas aparece ya en el Infante Don Juan Manuel (enxiemplo V); la segunda está en el origen de un conocido proverbio. Junto a los textos originales de Esopo, añadimos la traducción española, en verso, del texto que de esas fábulas ofrece Jean de La Fontaine, referente confeso de Samaniego, y dos variantes posteriores del tema: la modificación de Harzzenbusch para la primera, y la de Ambrose Bierce para la segunda. Harzenbusch amplía la moraleja a través de la ampliación del texto por medio de un añadido previo; Ambrose Bierce, en su habitual tono zumbón y desengañado, ofrece un final cínico al episodio. En cuanto a las revisiones textuales de Samaniego a partir de las fábulas de La Fontaine, los elementos de composición creadora incluyen la amplificatio y la selectio, además del acomodo de metro y rima. Creemos que esta manera de seleccionar el material ofrecerá al lector gran cantidad de sugerencias de trabajo didáctico, de acuerdo con los distintos objetivos y estrategias que cada docente asuma. La ilustración gráfica procede de la edición de “**FABULAS/ EN VERSO CASTELLANO/** para uso de las escuelas. Burgos, Imprenta de D. Sergio Villanueva, 1849”.

EL CUERVO Y LA ZORRA

Un cuervo cogió un trozo de carne y se posó en un árbol. Una zorra que lo vio, queriendo apoderarse de la carne, se detuvo y empezó a elogiarlo por su tamaño y hermosura, diciendo también que debería él más que nadie reinar sobre los pájaros y que así habría sido, si hubiese tenido voz. El cuervo, queriendo mostrarle que también tenía voz, soltó la carne y su puso a graznar con fuerza. La zorra cogió la carne, echó a correr y dijo: “Cuervo, si tuvieras también inteligencia, nada te faltaría para gobernar tú sobre todo”.

La fábula es oportuna para un hombre insensato. (Esopo, f. 165)

En un árbol Don Cuervo reposaba
con un queso en el pico, muy contento.
Doña Zorra, al olor que le llegaba,
le inventó, más o menos, este cuento:
“Hola, señor Don Cuervo. ¡Qué elegante,
qué estupenda figura, qué lucido!
Y si vuestro cantar es parecido
a un plumaje tan fino y elegante,
sois el Fénix, sin duda, de esta aldea.”
Esto oye el Cuervo y ya se pavonea;
por cantar abre el pico, y de esta suerte
cayó el queso a la zorra, que el advierte:
“Todo el que adula vive de prestado
a costa del ingenuo al que ha adulado.
Esta lección bien ha valido un queso”.
El cuervo, al oír eso,
aunque algo tarde, viéndose burlado,
jura aprender de lo que le ha pasado.

(J. de La Fontaine, Libro I, f.2. Traducción: Alfredo Rodríguez López-Vázquez)



EL CUERVO Y EL ZORRO

Bien ufano y contento
Con un queso en el pico
Estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
Un zorro muy maestro
Le dijo estas palabras
A poco más o menos.
Tenga usted buenos días,
Señor Cuervo, mi dueño:
Vaya que estáis donoso,
Mono, lindo en extremo:
Yo no gasto lisonjas
Y digo lo que siento,
Que si a tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro a la diosa Ceres,
Siendo testigo el cielo,
Que tú serás el fénix
De sus vastos imperios.
Al oír un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado
Quiso cantar el Cuervo;

Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso.
El muy astuto zorro,
Después de haberlo preso,
Le dijo: señor bobo,
Pues sin otro alimento
Qudáis con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas
Mientras digiero el queso.
Quien oye aduladores
Nunca espere otro premio.

(F.M. de Samaniego, Libro Quinto, fábula 9)

EL CUERVO Y LA ZORRA

Rabiaba un carnicero
con el pícaro gato de un vecino;
y por matar al animal dañino,
separó una tajada de carnero,
y adobada con dosis algo fuerte
de un tósigo de muerte,
púsola en el tejado,
por donde a su capricho
entraba a merendar el susodicho.
Un cuervo que lo vio, partió flechado,
pilló el macizo trózo,
y a un árbol escapó, lleno de gozo.
Al tiempo que iba el grajo
a trincar el magnífico tasajo,
hete pues que aparécese la zorra,
con gana siempre de comer de gorra,
y exclama diestra con acento blando:
—¡Ave de Jove, te saludo grata!
El cuervo preguntó a la mojitata:
—¿A quién discurre tú que estás hablando?
—¿A quién?, le respondió la zalamera,
al águila altanera,
que del lado de Júpiter clemente
baja diariamente,
y echa desde la copa de esa encina
el don que por sustento me destina.
¿A qué venir disimulando ahora,
cuando miro en tu garra triunfadora
la codiciada presa,

que a esta desamparada criatura
contigo el Dios envía de su mesa?
—La zorra se figura,
para sí dijo el cuervo complacido,
que soy águila yo: locura fuera
desengañarla y deshacer el truco.
Soltó con bizarría majadera
el robo por la zorra apetecido,
tendió las alas y se fue tan hueco.
El animal astuto
cogió contento el fruto
debido a sus indignas artimañas.
Cómelo con presteza:
convulsiones extrañas
luego a sentir empieza,
y abrásale el veneno las entrañas.

Ciertos bien conocidos perillanes,
que viven de adular a la simpleza
sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno
que tragaran en salsa de faisanes
una dosis decente de veneno?

(J.E.Hartzenbusch, Fábula XLI)

EL CARRETERO Y HÉRCULES

Un boyero llevaba a la aldea una carreta y ésta se atascó en un hoyo profundo. Él, aunque su ayuda era imprescindible para salir del atasco, se quedó de brazos cruzados suplicando a Heracles, el único de todos los dioses al que veneraba. El dios se le apareció y le dijo: “Agarra las ruedas y agujonea a los bueyes, y suplica a los dioses cuando tú mismo también hagas algo, o suplicarás en vano”. (Esopo, f. 72)

EL CARRETERO ATASCADO

Al Faetón de una carreta de heno
se le atascó su carro. El pobre estaba lejos
de tierras habitadas; le sucedió en el campo,
no lejos de una aldea de la Baja Bretaña
que se llama Quimper. Ya se sabe: el Destino
manda a la gente allí por ponerlos furiosos.
¡Dios nos proteja de viajes tales!
Volviendo al carretero que se quedó atascado,
helo aquí, repasando juramentos,
echando pestes en furor grandioso

igual contra los hoyos que contra sus caballos,
 contra su carro, en fin, contra sí mismo.
 Y al fin implora al dios cuyos trabajos
 tienen fama en el mundo:
 “Hércules —le suplica— echa una mano.
 Si a tu espalda cargaste la máquina del mundo,
 seguro que tu brazo
 me saca de este apuro”.
 Acabada la súplica se oye tras una nube
 una voz que le dice:
 “Hércules quiere que se arrime el hombro,
 luego ayuda a la gente. Echa un vistazo
 a ver qué es lo que causa tanto atasco.
 Quita de cada rueda
 el maldito mortero y el puñetero barro
 que se nos han metido hasta los ejes.
 Coge el pico y me quitas esa piedra que incordia.
 Lléname este raíl. ¿Lo has hecho? Sí —esponde.
 Bueno —dice la voz— ahora te ayudo.
 Vete cogiendo el látigo. —Ya está, ya lo he cogido.
 Pero ¿qué es lo que pasa? La carreta anda sola,
 Loado sea Hércules”. Y la voz dice entonces:
 ¿Ves qué bien los caballos salieron del apuro?
 Al Dios rogando y con el mazo dando.

(J. de La Fontaine, Libro VI, f. XVIII. Trad: Alfredo Rodríguez López-Vázquez)

EL CARRETERO Y HÉRCULES

En un atolladero
 El carro se atascó de Juan Regaña:
 Él a nada se mueve ni se amaña;
 Pero jura muy bien: ¡gran Carretero!
 A Hércules invocó: y el dios le dice:
 Aligera la carga, ceja un tanto,
 Quita ahora ese canto;
 ¿Está? Sí, le responde, ya lo hice.
 Pues enarbola el látigo y con eso
 Puedes ya caminar. De esta manera,
 Arreando a la Mohina y la Roncera,
 Salió Juan con su carro del suceso.
 Si haces lo que estuviere de tu parte,
 Pide al cielo favor: ha de ayudarte.

(F.M. de Samaniego, Libro Quinto, Fábula XI)

HÉRCULES Y EL CARRETERO

Un carretero conducía un carro cargado con la mercancía de un comerciante, cuando las ruedas quedaron atascadas en un hoyo. Inmediatamente comenzó a implorar a Hércules, sin hacer el más mínimo esfuerzo.

—¡Indolente! —dijo Hércules—. Me pides que te eche una mano, pero tú no quieres echártela a ti mismo.

Entonces el carretero echó tanto la mano a los bienes más valiosos del comerciante, que los caballos consiguieron sacar el carro del hoyo sin ningún problema.

(Ambrose Bierce: Esopo enmendado)